

Charo Rodríguez

## Caminante despistada

Nací en un pueblo de Valladolid, crecí correteando por riberas, lomas, pinares y campo abierto, lo que, creo, fue clave en el tipo de persona soy.

El párroco de ese pueblo era alguien a quien considero un hombre bueno, que empezaba los sermones hablando del infierno y los terminaba diciendo: “Pero Dios es padre, ya se las arreglará”. Otra cosa que considero ha sido clave, incluso más que el campo, para mí.

Me zambullí en la religión a los 14 años y a los 20 empecé a admitir que no podía creer lo que la religión enseña. Por la misma fecha, gracias a la psicología, conocí a Carl Rogers, uno de los mejores regalos que la vida me ha dado. Gracias a su forma de entender al ser humano empezaron a encajar algunas de las cosas que, religiosamente, me resultaban contradictorias y con el tiempo entendí que no tendría ningún problema con lo que enseña la Iglesia Católica si lo explicara de otra forma, si usara un lenguaje “simplemente humano”. Hoy, la teoría de Rogers, sigue siendo lo que más me facilita creer en una Realidad invisible y amorosa que nos sostiene y, si nos dejamos, nos guía.

En esta confirmación en caminar sin lenguaje religioso, sorprendentemente para mí, está colaborando la Fraternidad desde que en el 2023 la conocí:

- Lo hace admitiendo la variedad
- Con charlas como la de Sören Kierkegaard, la última que he escuchado, que me facilita reconciliarme conmigo misma utilizando un lenguaje humano para hablar de cosas espirituales.
- Y lo mejor: La oración de Jesús me confirma en mis intuiciones más “sospechosas”, como que no dejo actuar a Dios en mí si no me fío de mí misma, si no me arriesgo a elegir. Intuición también confirmada por Kierkegaard.

¿Dónde me llevará el camino?

## Autorretrato

Nací un día que Dios quiso seguir amándome.  
En un pueblo entre sobrio y alegre,  
entre llano y altura,  
bajo el sol de Castilla y a la orilla del Duero.

Nací frágil e impaciente como la flor del almendro  
y vagabunda como los vientos de marzo.  
Y el viento me llevó de la rama  
para poder volverme, cansada,  
a descansar en la casa que fue mía  
para siempre.

Caminé en el polvo y el hastío  
durante los años que olvidaba,  
hasta que un día comprendí:  
en el fracaso se aprendía  
y, en el fracaso, se me amaba.  
Y volví a sentir la libertad del nacimiento  
y la amplitud de los principios.

Nací, sobre todo,  
decidida a no recibir con amor  
lo que por amor se me daba.  
Para buscar, hasta la eternidad sin límites,  
la dicha del amor que nada espera.

Y un día me oí cantar:  
“Si pudiera recibir por amor  
lo que con amor me dan”

Pero aún no era.

Hoy me llega la paz

como si todo el silencio de la tarde  
se hubiera concentrado en nuestra huerta.  
Y mientras contemplo encenderse las luces,  
poco a poco,  
en las ventanas,  
pienso:

“Todo el camino ha sido primavera”